

LOS CIEGOS

REVISTA MENSUAL
AL TYFLOFILA HISPANO AMERICANA

SUMARIO

LA OPTALMOLOGÍA Y SUS PROGRESOS, por el Dr. A. Dufour.—CIEGOS ILUSTRES: ABULALA EL MAARRI, por Diego Abad de Santillán.—EL ARTE Y LOS CIEGOS: LOS CIEGOS DE MÁXIMO RAMOS, por Mauricio Bacarisse.—RITMOS ULTRAISTAS: LA CIEGA QUE SE TRUNCÓ REDIVIVA, por Guillermo de Torre.—SECCIÓN OFICIAL.—BAZAR DE LOS CIEGOS, FINALIDAD Y REGLAMENTO, por Antonio Las Heras.—DE AQUÍ Y DE ALLÁ: LA INSTRUCCIÓN (poesía), por Juan Muro.—AL MARGEN DE LA «GACETA», por X.—LIBROS Y REVISTAS.—ECOS Y NOTICIAS.—LOS CIEGOS (cuento), por R. Maluenda.—DIBUJOS de Adela Carbone, Máximo Ramos, Presno y varias FOTOGRAFÍAS.



FEBRERO 1918

25 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN A ESTA REVISTA

	España		Extranjero
Semestre.	1,50 pesetas.	✱	Año. 4 pesetas.

Compañía Colonial

Indisputable superioridad en
CHOCOLATES
café molidos y en
grano, té, tapiocas.

CASA FUNDADA EN 1854

VISITAD LA GRAN SASTRERÍA

DE

LEONCIO VARGAS

Allí encontraréis los últimos figurines y trajes a medida a precios muy económicos. Inmenso surtido en paños y panas. Sección completa en ropas hechas. Se surten colegios.

Calle de Toledo, 43.---MADRID

(Junto a la Iglesia de San Isidro y frente al Café.)

DE INTERÉS GENERAL

Todo el mundo puede ir decentemente vestido y tener su casa confortablemente amueblada, comprando á **PLAZOS** en los grandiosos y bien surtidos almacenes que

FÉLIX GÓMEZ

Tiene abiertos al público en la calle

Conde de Romanones, 3 y 5, bajo.

Camas en Muebles en Sastrería en Tejidos

Relojes en Zapatería en Mantones en Gramófonos

A plazos **Teléfono 22-91** A plazos

Lámpara de filamento metálico **ELECTRA** la mejor y más económica del mundo

PEDIDLA EN TODAS PARTES Y MUY ESPECIALMENTE
Á LOS COMISIONISTAS CIEGOS

Depósito: Reyes, 12, Madrid



Los CIEGOS

REVISTA MENSUAL
AL TYFLOFILA HISPANO AMERICANA

DIRECTOR-FUNDADOR
ANTONIO LAS HERAS HERVÁS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
EGUILAZ. 5, PRINCIPAL

Año III

Madrid, Febrero 1918

Núm. 13

La oftalmología y sus progresos

DE todas las ciencias médicas, la oftalmología es la que, en menos de cincuenta años, ha hecho mayores progresos. De simple ramo de la cirugía, que es lo que únicamente era a mediados del siglo XIX, llegó a ciencia independiente y ha alcanzado el primer lugar entre las especialidades.

El adelanto tan rápido como inesperado de una ciencia ha tiempo cultivada, no fué debido tan sólo a un feliz concurso de circunstancias. Fué resultado de una labor obstinada y fecunda. Un grupo de hombres insignes, todos maestros, dedicáronse a un tiempo a las dolencias de los ojos. Helmholtz, en Königsberg; Alb. von Graefe, en Berlín; Arlt, en Viena; Donders, en Utrecht; Bowman, en Londres, estudiando las enfermedades de la vista, crearon desde 1850 a 1870 una ciencia nueva.

Transformando los métodos de examen y de tratamiento, aprovechando la precisión de las leyes físicas para la exactitud de sus observaciones, *midiendo* en vez de *evaluar* vagamente, los renovadores de la oculística hicieron más en veinte años que sus predecesores en veinte siglos.

Desde las épocas más remotas los médicos se habían ocupado de las dolencias de los ojos, pero sus medios de investigación eran muy limitados; los enfermos eran tratados y operados, pero se curaban raramente.

Examinemos rápidamente el descubrimiento de la oftalmología a través de los siglos, y así, podremos mejor apreciar el camino recorrido.

Los primeros oculistas conocidos fueron los médicos egipcios. Una parte del papiro de Ebers (documento que remonta al siglo XVI antes de Jesucristo), está consagrado especialmente a las enfermedades de los ojos.

En la India, los Brahmanes conocieron y trataron 76 especies de afecciones oculares.

En tiempo de Hipócrates, y más tarde en el de Aristóteles, juzgábase que todos los padecimientos tenían por causa la alteración de los humores. Entonces, el estudio de los catarros y de las inflamaciones tomó gran importancia en oculística. Para resolver los malos humores practicábase la sangría, las cauterizaciones con botones de fuego y el método bárbaro de las incisiones profundas en la piel del cráneo.

La escuela de Alejandría, siguiendo los preceptos hipocráticos, cultivó con especialidad la anatomía y la cirugía. Fueron entonces mejorados los procedimientos operatorios y descritas numerosas dolencias.

Fuó en el período alejandrino y romano, que comprende los dos siglos anteriores al Cristo y los dos posteriores cuando, por primera vez aparecen los especialistas ambulantes y los charlatanes vendiendo colirios.

Quedan sus recetas de oculistas bajo la forma de piedras, en las cuales se grababan la composición y fórmula del colirio juntamente con el nombre del autor.

En el siglo de Augusto, Celso y Plinio, llegaron a tener ideas muy firmes sobre las afecciones de la vista. Tales ideas duraron hasta fines del siglo XVIII. Plinio nos relata que el emperador Nerón era miope y que se servía de unas esmeraldas para ver mejor los combates de los gladiadores, siendo el primero que se sirvió de la lente para remediar la deficiencia de su vista.

Galeno, el célebre doctor griego, médico de los emperadores romanos, tenía sobre óptica fisiológica, la vista y sus perturbaciones, ideas admitidas hasta el siglo xvi. Completó los conocimientos adquiridos sobre los músculos, la glándula lacrimal y las úlceras de la córnea.

Parece probable que conociese la operación de las cataratas. Juzgábase en el siglo ii que las cataratas era una película extendida detrás de la pupila. Hasta el siglo xviii no se supo que era una alteración de parte del cristalino que se tornaba opaca.

Los antiguos emplearon muchas sustancias para combatir las enfermedades de los ojos, compuestas de zinc y cobre. También usaron la miel, la albúmina, la saliva, la leche y orina de las crianzas, los excrementos de león, hiena, cocodrilo y lagarto y la sangre de las perdices.

En tiempo de Galeno la medicina general llegó a su mayor grado de desenvolvimiento. A partir de entonces, abandonóse el estudio de las ciencias y la medicina práctica volvió a caer en manos de brujas y de charlatanes.

Fué para la oftalmología un período lamentable y doloroso aquel que media desde entonces hasta el siglo xviii.

Cirujanos ambulantes y barberos recorrieron Europa elogiando remedios muy caros que nada curaban. Operadores de cataratas haciendo milagros, *Staarstecher*, como los llamaban los alemanes, que andaban de tierra en tierra, operando en las plazas públicas al son del tambor, a los desgraciados pacientes que se ofrecían. La oftalmología, fué abandonada y despreciada por los médicos serios.

Los árabes cultivaron la oculística y llegaron a darla un período de gloria en el siglo ix. Pero sus trabajos en nada adelantaron la ciencia adquirida.

El único progreso que es digno de mención en el período mediante entre el siglo ii y el xvii es el invento de los lentes. Remonta probablemente al siglo xiii, pero solo a fines del xv empezaron a usarse en todas partes.

El gran reformador de la cirugía Ambrosio Paré fué el primero que fabricó ojos artificiales de oro, de plata o de coral.

Gracias a los adelantos de la física, las matemáticas y la astronomía, la óptica fisiológica adquiere una gran importancia en el siglo xvii. Keplero, Scheiner, Descartes, Newton, aplicando las leyes exactas de la física al funcionamiento de los ojos, desenvolvieron los conocimientos adquiridos en dióptrica ocular.

Pero estos progresos teóricos no tuvieron ningún resultado práctico, y los medios de curación no mejoraron.

Hay que nombrar en el siglo xvii a Guillermo Fabrice, nacido en Hilden cerca de Colonia, médico expertísimo que se estableció en Lausanne y que inventó aparatos especiales para extirpar el globo ocular en caso de lesiones cancerosas. Murió en Berna en 1634 y dejó documentos preciosos para la historia de su tiempo.



UNA LECCIÓN DE BAILE EN EL INSTITUTO NACIONAL DE CIEGOS GENERAL ARTIGAS.—De Montevideo (Uruguay).

Desde el siglo xviii en adelante la oftalmología se convirtió en una ciencia culta, especialmente

practicada por cirujanos franceses.

Desarrollada por Descemet, Demours, Petit, Zinn, la anatomía microscópica del ojo, adquiere un alto grado de perfección.

Basados en sus estudios, Maitre-Jean, Brisseau y Petit, abandonaron las ideas de Celso sobre la catarata y reconocieron la verdadera naturaleza de los males.

En 1745, Santiago Daviel, oculista de Luis XV, renueva la operación de la catarata por extracción.

Por los medios antiguos de reclinación y abatimiento limitábanse los operadores a desviar el cristalino opaco del campo de la pupila haciéndolo caer en el fondo del ojo. En vez de dejar la catarata en el fondo del ojo o de hacerla cambiar de lugar, Daviel tuvo la idea de extraerla totalmente.

Combinada con la quistotomía y aberturas de involucros en el cristalino, la extracción de la catarata tornóse un medio precioso

considerado actualmente como el mejor y siendo casi el único exclusivamente practicado.

Algunos años antes de la tentativa genial de Daviel, el inglés Cheselden, realizó el primero la iridiotomía con pupila artificial.

A pesar de estos descubrimientos el charlatanismo siguió imperando. El método de Daviel no fué puesto en práctica sino cien años más tarde.

Estaba reservado al siglo XIX la honra de transformar la oftalmología y de hacer que alcanzase la vanguardia en las ciencias médicas.

Este período de brillante desenvolvimiento no comenzó hasta 1850.

En todas partes se trató de beneficiar a la medicina con los adelantos logrados en física, química y ciencias naturales.

El maravilloso órgano de la vista fué objeto de serios estudios y nadie se consideró empujado por ocuparse de los ojos, a pesar de ser un órgano que solo tiene 24 milímetros y pesa apenas siete gramos.

Fué establecido un curso especial por Augusto Gottlieb Richter a ejemplo de Boerhaave, y en poco tiempo la escuela de Göttingue rivalizó en ardor con Beer y la escuela de Viena.

Combinando los estudios teóricos con las observaciones clínicas, estas dos escuelas formaron rápidamente una pléyade de excelentes alumnos, que todavía no eran oculistas, pero que sí se ocupaban con predilección de las enfermedades de la vista. Debido a su impulso fundáronse hospitales especiales y para estar en relación constante con los centros de estudio empezaron a publicarse periódicos de oftalmología.

La introducción del microscopio en estos estudios, provocó una verdadera revolución al patentizarse las alteraciones de los tejidos.

Cautivados por la admirable composición microscópica. Schlemm, Brewster, Valentín, Brücke, Henle estudiaron con entusiasmo la histología y anatomía de los ojos. Otros sabios, Johannes Muller y Purkinje, desenvolvían la fisiología ocular, y Listing establecía su célebre teoría sobre el funcionamiento de los ojos.

Así se trabajaba eficazmente para crear la oculística. Por todas partes se trató de sustituir el *oficio* de oculista por un *arte* científicamente establecido.

Entonces se fundó en Lausanne el primer hospital oftalmológico que existió en Suiza.

Teníanse hechos muchos progresos desde

el siglo XVII, pero aún eran muy vagas las ideas predominantes. Conocíanse muchas enfermedades de los ojos y se curaban buena parte de aquéllas que sólo eran exteriores. Todo cuanto afectaba a la vista y tenía por causa una alteración intensa, era desconocido; sólo se formulaban suposiciones sobre aquellos males a que se daba el nombre de gota serena, catarata verde o negra, ambliopía, etc. Se confundían las dolencias del nervio óptico con las de la retina, y las opacidades del cuerpo vítreo con las afecciones centrales o con las perturbaciones motivadas por una fuerte miopía. Y esto porque se ignoraba la manera de iluminar el fondo del ojo.

El oftalmoscopio no había sido descubierto.

Para darse cuenta de la confusión que reinaba en todas partes bastará citar la definición bien conocida y desgraciadamente cierta que daba el profesor Walther a sus discípulos de Munich: «Cuando el enfermo no ve nada y el médico tampoco, se trata de una amaurosis. Pero cuando no viendo nada el médico el paciente ve algo, se trata de una ambliopía».

Hoy el médico ve siempre gracias al instrumento maravilloso que inventó Helmholtz en 1851.

Con el auxilio del oftalmoscopio, un oculista hábil ve una hemorragia en el fondo del ojo, distingue una atrofia del nervio óptico, reconoce un glaucoma. Puede asimismo percibir en la retina síntomas de diabetes o enfermedades de los riñones.

Desgraciadamente, ver no es siempre curar. A veces no se sabe interpretar lo que se ve, pero conociendo el sitio y la forma de la lesión, el tratamiento podrá ser mejor dirigido.

Descubierto el instrumento de Helmholtz, era preciso aprovechar las ventajas que reportaba.

Nadie mejor que Alberto de Græfe desempeñó esta misión. Este hombre de genio contribuyó con su intensa actividad a esclarecer la confusión de criterio que reinaba acerca de las lesiones de fondo de ojo. Dolencias del nervio óptico y de la retina, inflamaciones del coroides, opacidades del cuerpo vítreo, hemorragias de fondo de ojo y tumores malignos fueron sucesivamente descubiertos y bien descritos; y como Græfe era un excelente observador y un clínico de primer orden, no se limitó a describir las dolencias, sino que buscó los medios de combatirlas.

El fué quien acometió la operación del glaucoma por iridiotomía.

«Es cosa terrible, escribe Demours, ver un ojo presentar los síntomas de glaucoma. »Ese ojo que hoy lee los imenores caracteres, dentro de seis meses no verá la luz del sol.»

Practicándose la iridiotomía se extirpa el glaucoma y así Græfe salvó de la ceguera a millares de dolientes.

Para operar la catarata, Græfe inventó una lanceta especial, delgada y deprimida.

Los movimientos de los ojos y sus anomalías, el estrabismo, la difteria de los ojos, las oftalmías de los recién nacidos, fueron objeto de numerosos estudios.

En suma, ninguna afección ocular escapó al espíritu penetrante de Alberto de Græfe.

En Utrech, un sabio distinguido, Donders, ocupóse en esa misma época de fisiología ocular.

Creando nuevas unidades de medida y nuevos medios de examen, llegó a evaluar con precisión matemática la cantidad y calidad de la vista. Gracias a sus estudios se pueden determinar con seguridad el grado de miopía o presbicia y fijar el poder de los lentes que deben usarse.

En Inglaterra, Bowman, entregóse al estudio de la anatomía y fisiología. Su método de tratamiento de las afecciones lacrimales tienen hoy mucho valor.

En Viena, Arlt, operador distinguido, clínico de primer orden, fué el continuador de las preciosas enseñanzas de Beer y formó excelentes discípulos.

Veinte años después de descubierto el oftalmoscopio, la oftalmología se ha transformado cardinalmente. Los maestros que desde 1850 a 1870 realizaron esta renovación formaron numerosos y excelentes discípulos. Reuniendo sus esfuerzos, en la teoría y en la

práctica trabajaron simultáneamente y los resultados fueron extremadamente benéficos para la humanidad.

Desde 1870 se ha adelantado mucho aun sin haberse hecho grandes describimientos en oftalmología.

Las afecciones musculares han sido muy estudiadas. Se sabe tratar mejor las dolencias del coroides.

Los estudios microscópicos y bacteriológicos han dilucidado innumerables problemas.

El estudio del sentido de los colores y de la luz se ha perfeccionado con los métodos de examen.

Diremos también que los beneficios de la antisepsia han sido inmensos, evitando infecciones y dando mayor garantía a las operaciones oculares.

En poco más de medio siglo la oftalmología ha realizado admirables progresos llegando a un alto grado de perfección. ¿Podrá alguien aumentar los adelantos? Sin duda, sí. Aún so-

mos impotentes en gran número de casos.

No desesperemos. Quizás la medicina general poseyendo los conocimientos que el oftalmoscopio le reveló proporcionará a la oculística armas imprevistas para luchar contra el mal.

El estudio de la historia de estos últimos años demuestra cuanto se puede obtener con un trabajo tenaz. Trabajemos con tesón para que todos gocen de uno de los mayores bienes de la humanidad: la luz.

Dr. A. DUFOUR

Médico del Hospital oftalmológico de Lausanne

(De *Jornal dos Cegos*.—Trad. Bacarisse.)



TALLER DE ESCOBAS EN EL INSTITUTO NACIONAL GENERAL ARTIGAS.—De Montevideo (Uruguay).

Ciegos ilustres

Abulala el Maarri

Al atardecer del viernes 27 del primer Rabí, año 363 de la hégira—Diciembre, 973 de la era cristiana—nació en Maarra, ciudad de Siria, bajo el reinado de los abasíes, Abulala, uno de los últimos grandes poetas de la lengua árabe, cuyos versos y agudezas fueron el encanto de muchas generaciones, y aun hoy evoca en nosotros el atrevimiento singular del poeta de Maarra—el Maarri—un sentimiento íntimo de admiración y de complacencia.

La familia de Abulala pertenecía a la tribu yemenita de Tanuk. Perdió la vista a causa de la viruela que padeció a los cuatro años, recibiendo, no obstante, educación esmerada, que vigiló su mismo padre, eternizado después en una elegía por el poeta ciego.

A la edad de once años hacía versos ya: había nacido poeta.

He aquí una prueba de su precocidad, semejante a la de Lope de Vega, a la de Víctor Hugo o a la de Leopardi:

«No trates de llegar arriba por tus propios esfuerzos; si Fortuna no favorece al escritor distinguido, su pluma es tan ineficaz como un huso. Dos Simaks (1) tienen su morada en el cielo, y aunque la una lleva lanza, la otra va desarmada...»

Continuó nuestro poeta sus estudios en Alep; hizo luego un viaje a Badgad, y no encontrando en esta ciudad los encantos ideales con que había soñado, regresó a su patria, pero volvió a la opulenta capital a trabar conocimiento con Abdés-Selam de Bassora, director de una de las grandes Bibliotecas de la ciudad.

Abdes-Selam reunía en su casa todos los viernes una tertulia de incrédulos o librepensadores, de los cuales no tardó en formar parte Abulala. Unos eran materialistas, otros racionalistas; unos negaban la existencia de Dios como Lucrecio Caro y otros con el espíritu de Luciano de Samosata o de Voltaire. Esta reunión orientó las ideas del poeta ciego,

que vagaban sin norte en su espíritu rebelde y escéptico.

Al año y siete meses de su estancia en Badgad—1007-8—volvió a Maarra, atraído por la noticia de la grave enfermedad de su madre, cuyo último suspiro no llegó a recoger, suceso que lloró en versos de la más intensa y sincera emoción.

Después de la muerte de su madre no debía volver jamás a abandonar su ciudad natal, donde, confinado en su casa, comenzó la redacción de sus obras.

Como se ve, la vida de Abulala está rodeada de pocas aventuras; no es una vida azarosa, sino plácida y serena, como la del gigante de Weimar o la del filósofo de Königsberg. Su ingenio fué tan vivo, penetrante y oportuno, que se cuentan de él verdaderas maravillas; sus contemporáneos le apellidaban «el sagaz».

Era alto; uno de sus ojos saltaba casi fuera de la órbita y el otro estaba sumido en ella; su rostro, picado de viruela; su cuerpo, enjuto. Se decía dos veces prisionero por su ceguera y por su voluntario retraimiento. En sus pocos ratos de ocio dedicábase a jugar al ajedrez, juego en el que afirma Safadi se distinguió.

Y... ¿de su sabiduría?... Filólogo célebre y poeta, conocía todas las ramas de las bellas letras; en su tiempo no había otro más culto que él.

Sus poesías de la juventud se reunieron bajo el título de *Sikt az-Zand*—Chispas del pedernal,—y las de su edad madura, bajo el de *Luzum ma lam yalzam*—Obligación que no es indispensable.

Dejó también una colección de cartas, un tratado sobre el ascetismo y otro sobre la predicación en verso y en prosa rimada.

Ibn Khallikan, el autor del Diccionario biográfico, vertido al inglés por Ulac Gukin de Slane—*Biographical dictionary*, 1842—afirma que le dijeron ser Abulala el autor de un libro sobre literatura llamado *Al Aik wa'l-Ghusun*—El bosque y las ramas,—en unas cien partes. Una persona que acababa de leer la última, no le cabía en la cabeza que pudiera decirse más sobre el tema tratado en ese volumen por el ciego de Maarra.

Compuso Abulala un resumen comentado

(1) La estrella *Acturus* es llamada por los árabes la *Simak armada*, y *Spica Virginis* lleva el nombre de *Simak indefensa*.

de las obras poéticas de Abu-Tammam, otro de los poemas de Al-Bohtori, y un tercero de los de Al-Mutanabbi.

En estas tres obras explicaba las palabras y alusiones obscuras que se encontraban en sus poemas, e indicaba las ideas que habían tomado de otros, igualmente que las que habían tomado de ellos los poetas posteriores...

A su casa acudían numerosas personas a escuchar las lecciones del sabio ciego, de todas las regiones, y hombres instruidos, vizires y personas de importancia se vanagloriaban de mantener correspondencia con él.

Sus versos incrédulos y sarcásticos eran demasiado conocidos, sin embargo,—como dice Dozy en su *Essai sur l'histoire de l'islamisme*, 1879;—no fué perseguido nunca; al contrario, se le honraba mucho, recibiendo grandes pruebas de amistad de los personajes más considerables y poderosos de Siria.

Fué enemigo de todos los cultos, y lo mismo al cristiano, que al judío, que al musulmán, trató con indiferencia glacial, por parte de su corazón, y con burlesca ironía y sarcasmo por parte de su inteligencia. Califica de insignes locuras los dogmas islámicos de la resurrección y del paraíso:

«Dicesme que cuando haya reposado mucho tiempo en la tumba resucitaré,

»Y que habitaré entonces un jardín donde comeré y beberé de lo mejor, en medio de huries de negros ojos y de expertos mancebos;

»Pero dime ¡pobre hombre! ¿Qué enfermedad padece tu cerebro para que cuentes tantas locuras?»

Búrlase asimismo de los Dioses y de los Dogmas religiosos que pretenden mantener viva la fé de los mortales con hábiles recetas. Suscribe la superioridad de la razón sobre la fé.

Decía:

«El mundo encierra dos clases de hombres: gentes religiosas sin inteligencia e inteligentes sin religión...»

Djobair, de Granada, visitó en tiempos de Abulala el Oriente, y se espantaba de la indiferencia en materia religiosa allí reinante; decía que el islamismo sólo existía en Occidente.

Si el Maarri se hubiera atrevido a decir en Córdoba lo que decía en su patria, el pueblo le habría lapidado.

Para nosotros, hijos de un siglo pragmático, y por pragmático irreligioso, tienen no sé qué encanto los ateos de las viejas edades.

Recordamos con fruición la escuela atea de Samkhya, fundada por Kapila, y los discípulos de Tcharvaka, los «mundanos», los «negadores» que no creían en la existencia de otro mundo que el que se ve, y por tanto, negaban la existencia del reino ultraterreno y de los seres sobrenaturales.

Nos proporciona solaz el nombre de Teodoro de Cirene por su franco ateísmo, y el de Evemero por sus teorías, que sostienen ser los dioses héroes, reyes y hombres notables divinizados después de su muerte.

Conquista nuestra admiración Epicuro, porque declaraba a la ciencia la enemiga nata de la religión; simpatizamos con el glorioso poema *De rerum natura* y con la risa sarcástica y mordaz de Voltaire.

Si no se hubiese llamado a Omar Abenjanyane el «Voltaire de Oriente», tentados estaríamos de denominar así a Abulala. Voltaire y el Maarri son dos espíritus muy parecidos: burlones, zaheridores y sarcásticos, ateos y ridiculizadores de los dioses y de las religiones; creyeron que sólo a los ignorantes pudo ocurrírsele la invención de los seres sobrenaturales. En una sola cosa se distinguen: Voltaire fué un adulator de Catalina de Rusia y de Federico el Grande de Alemania; Abulala, en cambio, renunció siempre a semejante humillación.

Dícese que el poeta de Maarra compuso una imitación del Corán, y como se le objetase que su obra no producía la impresión del verdadero Corán, replicó:

«Dejadle leer cuatrocientos años sobre almenares y mezquitas y ya me contaréis sus resultados.»

Así como los evangelios y los dogmas cristianos produjeron un San Agustín y un Voltaire, los suras coránicas y los dogmas del islamismo engendraron a los opuestos Algazel y Abulala.

✻ ✻

El viernes 3 del primer Rabí, otros dicen que el 13 del año 449 de la hégira—mayo 1057 de la era cristiana—fué un día de luto para Maarra y para el parnaso del Islam: Abulala dejó de existir. Sobre su tumba no se recitaron menos de ochenta cantos fúnebres.

En su testamento ordenó se inscribieran estos versos malthusianos a modo de epitafio:

«He aquí la falta de mi padre; nadie podrá imputarme una semejante.»

Diego ABAD DE SANTILLÁN

Cárcel Modelo de Madrid, Febrero de 1918.

El arte y los ciegos

Los ciegos de Máximo Ramos

III

La alegoría

SON los ciegos que ha dibujado Ramos unos ciegos *literarios*? Examinemos con atención estos que acompañan las presentes líneas, y tengamos presente que sus respectivos títulos son: «En la luz» y «Los poetas».

El primero, está desprovisto de carácter alegórico; el segundo, por el contrario, quiere ser representativo, no de una serie de conflictos materiales, sino de más hondas y arraigadas torturas del espíritu.

Todo el arte de Máximo Ramos ha sido una fluctuación vacilante entre la reproducción realista y el capricho alegórico.

Los recuerdos gráficos o plásticos de las personas o de los objetos, presentaron desde sus orígenes en el mundo, una fundamental dificultad de reproducción que se estribaba en el obstáculo que ofrecía una limitación espacial para dar a conocer diversas manifestaciones y fases varias en el tiempo.

Uno de aquellos problemas que yacían en tamaño conflicto, era el del movimiento. Los artifices se vieron precisados a presentar a los seres animados en completo reposo, o a sorprender un instante de su actividad. Desde el arte griego hasta Carpeaux, los intentos hechos en la segunda manera, se sucedieron a través de los siglos sin un éxito satisfactorio y plenario.

Dos soluciones se presentaron. Una, noble: la síntesis de intuiciones de las escuelas alexandrinas y de las máximas de Leonardo de Vinci; otra, bastarda, y más antigua, parasitaria de los mitos donde había crecido como algo accesorio y liviano: la alegoría.

Las imitaciones artísticas de la vida encontraron en la segunda una cómoda y fácil fuente de desahogo expresivo. La velocidad y diligencia de un corredor o mandadero de Dioses como Mercurio, no tuvo ya necesidad de obligar al artista a buscar anatómica y dinámicamente la cifra formal reveladora del esfuerzo. Se contentó con poner en sus pies los alegóricos grilletes alados.

La alegoría es una forma de la impotencia y de la perezosa ineptitud. Por otra parte, contraviene todo precepto de pulcritud estética, entrando en campos en los cuales sólo de muy ordinaria y procaz manera pueden sustituirse los símbolos espaciales por los crónicos.

Estudiemos ahora, cómo Ramos, que conoce el dibujo tan profundamente y tan agudas intenciones acicala en su ideología, pueda haber tenido para la monstruosa e híbrida alegoría repetidas y lamentables condescendencias.

Toda obra, sea o no de arte, es un conflicto vital. En el término de nuestro jadear y de nuestro anhelo, en aquello que fabricamos quisiéramos poner nuestras energías íntegras, nuestros sentimientos todos; quisiéramos dar nuestra vida.



LOS POETAS DE MÁXIMO RAMOS

El dibujante después de superponer trazos y combinar líneas siente que algo le queda todavía por decir, y entonces como complemento y explicación de aquello que su voluntad ha urdido, escribe al pie unas palabras indicadoras y elocuentes. De este recurso accesorio necesitaron dos grandes artistas de intenciones: Goya y Gavarni.

Ramos, juzgándose menos ingenioso, ha sustituido al comentario la alegoría.

Mirando el dibujo *Los poetas* venimos a preguntarnos: ¿Qué género de alegoría es este en que no se vislumbran los atributos que nos relaciona esta figura alarmante y barbada con hombres sometidos a la nietzscheana *coacción del ritmo*? ¿Es el título *Los poetas* puesto al pie del dibujo lo que aclara el sentido de éste? No; sin querer, al mirarle habíamos pensado en Verlaine, borracho, con los carrillos tumefactos, vacilante en París y tentando las tinieblas de su ceguera moral, aún en los deslumbramientos de su edivencia. El paisaje esbozado por Ramos nos recuerda aquél:

Le ciel était gris; la bise pleurait
ainsi qu' un basson;
au loin, un matou frileux et discret
miaulait d'étrange et grele façon.

Moi j'allais, rêvant du divin Platon
et de Phidias
et de Salamine et de Marathon
sous l'œil clignotant des bleus becs de gaz.

Luego, la alegoría estuvo deliberadamente presentida en este dibujo como *alegoría por alusiones*.

De lleno nos hallamos en el corazón de nuestra dolorosa y cruel pregunta. Y tenemos que responder, a pesar nuestro: sí, el ciego de *Los Poetas*, el ciego alegórico, no por *atributos*, sino por *alusiones*, es un ciego *literario*.

Por el contrario, el mendigo violinista de *En la luz*, es un ciego limpio de influencias extrañas a su miseria y su dolor. A mí me parece bellísimo.

Como dije anteriormente, este dibujante oscila entre la desinteresada fidelidad a la miseria y a la escueta realidad y el cultivo de la alegoría, aún en los matices más insospechados y remotos.

Y a mi juicio, este último defecto reside en cierto desmayo para el verdadero comentario, complemento indicador indispensable en el artista de intenciones.

Mauricio BACARISSE

RITMOS ULTRAISTAS

La ciego que se truncó rediviva

Hasme puesto en el hoyo profundo,
En tinieblas, en honduras.
Mis ojos enfermaron a causa de mi aflicción:
Héte llamado, ¡oh Jehová! cada día:
He extendido a tí mis manos.
¿Será conocida en las tinieblas tu maravilla
Y tu justicia en la tierra del olvido?

* «Psalms»: CXXXVIII: 6, 9, 12.

CUANDO los clarores luminicos emergidos de la esplendente juventud suxultativa de Aurea,—la blonda ciega conmovedora—refulgian con más energético potencialismo trepanador iluminativo de compactas brumas silenciadas, gravitantes por sobre las convexidades de sus vibrátiles eptismos, advino subitáneo, en su cámara íntima, un inmaculado luminarismo transmutador: Del haz radioso que su inquietud espiritual emanaba en un perenne anhelo de ascultación, y durante una pausa de exacerbamiento augural, desprendióse un sector luminico tangencialmente...

Y este luminoso raudal, propulsado de magno potencialismo, distendió sus estrías hasta hendir endosmóticamente el ámbito periférico de sus ansias,—erizado de vívidos estelarismos emocionales.—Allí, en su acucioso peregrinar, tramontó, como una buida flecha oteante, los más cruentos, abstrusos y gélidos panoramas humanos, impresionándose de todo su relieve desolador. Después, en refrangibilidad propicia, el rayo argonauta retornó a copularse al núcleo integral. ¡Y se intrincó en las fibrosidades celulares del álveo generatriz, portando en esta trayectoria, espejados en su facies sensorial, los aprehendidos estigmas dilucidadores!

Reflejamente, Aurea vislumbró, adentrándose en sí misma, los insólitos horizontes que le ofrendaba dehiscentes en toda su corita morbidez taciturna, aquel peregrinante lucífero, advenido del milagro dióptrico. ¡Y a su sostenida contemplación meditativa, se poseyó de un yerto y lancinante angustiamiento! Y proporcionalmente que en transcripción orientadora, iba exgetando los signos esgrafiados en la retícula sensible del haz explorador, se acrecia su desgajante tortura. Porque, a pesar de su ccentrífuga potencialidad energética, que la propulsaba a remontarse a cimas de serenidad y liberación, desde la llanada de su cotidianismo, aquella dehiscencia tan fulminea de los más recónditos paisajes vitales, le había desgarrado cruentamente.

Así al recrudecerse de su desorbitación obsedente, y hallarse desbordada en sí misma de un enfrebido descentramiento anímico, surgió ta-

jante en su alma la inquietud presentidora del inflorido amustiar de la roja flor de su pasionalidad ofrendorosa. Por cómo estaba poseída hasta entonces de la sensación de su belleza euritmica,—busto estatuario, áureos cabellos y óvalo facial encantador, radioso de níveo espiritualismo, y exornado de la mirífica emotividad que los ojos velados, atónitos, suxultaban elegiacamente—y por cómo se sentía henchida de una jocunda amorosidad radiosa y letificante, había emproado, en su algidismo exantrópico, el quimérico anhelo augural, del advenir de algún afín espíritu viril que, acorde a sus rítmicos latidos, se transfundiese con ella en ímpetu de rima triunfal... Mas ahora, tras el trágico fulguramiento, y a la percepción integral de toda la hetiquez idealista que amamantaban los hombres, se desposeyó truncadoramente de todo primigenio anhelo purificativo. Y en antagonismo, para su más pungente flagelamiento, se obsedió de torturantes enoemas, cercenadores de sus esporádicos y perennes erotismos. Aun en más ansia amustiadora intimal, concibió su desertación, del campo de labrantío estético, en el que jamás frutecerían los ímpetus de avanzamiento triunfal.

Y al arribar a las postreras franjas del estuario de sus contristadas meditaciones, sugeridas y propulsadas por el cruel lucífero peregrinante, se halló exhausta de esperanzativos fervores y fatigada de augurios sangrantes. Epilógicamente, advirtió jadeante que la órbita de su adentrada visión intimal, por entre cuyas buidas circunvoluciones fluían sus miradas—refractadas de la dióptrica hosquedad, que las impedía distenderse horadando las yertas córneas—habíase circunscrito desoladoramente. ¡Y entonces Aurea, en magno paroxismo de fragorosa estuosidad, posesa de centrifuga energética debeladora, e imbibida de tajante palor rebeliosa, se lanzó fugazmente al trágico vórtice protervo, constelado de rojizas llamaradas desvastatrices!...

II

Hasta entonces, hasta aquel día en que desgajado su íntimo complejo, por el cruento dioptrismo, Aurea aislóse silentemente en su hialino gineceo, su vida se prodigó fructífera en ramificativos surcos armónicos. Hasta entonces, exultó bogando con su espíritu artista por el estuario de las exaltaciones estéticas y humanitari-

tas. Las sonoras cadenciosidades emergidas, amortiguaban la dolorosidad de su impotencia visual, que ella acaso esperaba habría de ahuyentarse al rebasamiento de su enfervorización clamativa.

Hasta entonces, caminó por los ingenuos senderos lunares, enguinaldados de lírica dulcedumbre, con su áurea testa erguida y su busto en escorzo avanzativo, como perforando sutilmente las tinieblas que le circundaban. Evocaba así por su cariciosa serenidad plástica, aquella escultura «Jovencita ciega», del fervoroso prerrafaelista Millais, que sugirió a John Ruskin esta fragante glosa: «Es tanta su inmovilidad, que se ha posado sobre ella una mariposa como sobre una rosa silvestre.»



Los tesoros de grácil melancolía con que se purificaba, desbordados sedativamente al crepitar de su volcanismo trágico, enjugaban el llanto de su alma, más candorosamente que las palabras tornamente consoladoras, de los seres lejanamente familiares que, en su orfandad contristada la rodeaban, obtusos ante su desventura perenne, y expectantes de cualquier inconsciente desmayo... Mas ella, gradualmente apercebida de la férrea reclusión que acechaba trenzar sus cadenas en torno a su expansibilidad vital, había victoriosamente conseguido burlar todos los lazos estran-

guladores. Y aun en un supremizado esfuerzo subjetivísimo, habíase integramente desasido de todo vacío prejuicio retardatario y de todo ínfimo estigma comunista deletéreo, para remontarse con su henchida alma inmácula, a cumbres de níveos apasionamientos.

Y es por esto por lo que, tras un amplio y dolorido espacio estelar de su volcanismo diaposésico, lanzó sus secretas miradas hacia lo más recóndito de su tremante panorama intimal. Y tras deleitarse, auscultando el ritmo jocundo de su inefable dinamismo forjador, se poseyó de un espasmódico enjolgorecimiento contemplativo. Porque al arribar a los límites de su autoscopia, en la última anfractuosidad de la trayectoria sinusoidal, tuvo el mirífico hallazgo inefable de su pristina alma corita, triunfante y potencial, depurada y cicatrizada de sus cruentas heridas lejanas. Un alma muy consigo misma, gestada en largos espacios, segregadores de polen espiritual. ¡Un alma de ciega perenne y heroica, muy enhiesta, clarividente e inexorable!...

Así Aurea, al finar de su introspección peregrina-



Bazar de los Ciegos

Finalidad de esta institución

UN grupo de amigos de los ciegos que hemos ahondado en las entrañas del problema social de éstos y que estamos plenamente convencidos de su utilidad, ya demostrada por la ciencia psicológica y atestiguada por la Historia y por el vivir actual de éstos en las naciones extranjeras, hemos buscado y hemos encontrado una fórmula, la más justa y la más caritativa, de llevar hasta ellos los medios que éstos necesitan para, trabajando, cambiar sus puestos de mendigos por los de hombres productores y útiles.

En España pasan de veinticinco mil los ciegos que, faltos de educación y protección adecuada, arrastran su miseria por las calles mendigando el sustento. Estos seres, que por no ver están fuera de muchos ramos de ocupaciones, poseen en cambio extraordinarias disposiciones para el cultivo del arte musical, el comercio, los trabajos manuales y algunas profesiones liberales; su trabajo más puro y más minucioso es, en cambio, más lento y necesitado de mayor y más adecuada preparación, dificultades por las cuales se encuentra fuera de la competencia ordinaria con los que ven y motivos por los que precisa de una acción benéfica que, erigiéndose en su único intermediario, se encargue de fomentar sus actividades profesionales, protegiendo su trabajo, divulgándolo y abriéndoles mercado.

Esta necesaria acción benéfica que ha cristalizado en la fundación del Bazar de los Ciegos, se encargará de adquirir: primeras materias e instrumentos; artículos de gran consumo y obras e instrumentos musicales que, unido a una adecuada dirección técnica, pondrá a disposición de los obreros, de los comisionistas y artistas ciegos, buscándoles colocaciones y dando salida a sus trabajos, por cuya benéfica mediación no cobrará comisión alguna.

Este Bazar tendrá a su frente un Consejo de administración compuesto de señoras y caballeros que conozcan y sientan este problema social y una dirección y administración técnica, desempeñada por ciegos entendidos en estas materias, a cuyo cargo estará la organización de todo el establecimiento.

Los gastos imprescindibles de establecimiento, administración, propaganda y dirección técnica, se cubrirán con subvenciones, do-

nativos, y fiestas que se organicen con este objeto.

El trabajo ideal ya está hecho: hemos estudiado y organizado el Bazar, cuyo reglamento publicamos para su mayor conocimiento y divulgación, y ahora sólo resta que todos los que lean estas líneas y se interesen por el engrandecimiento de nuestra patria y por el progreso de la humanidad, nos presten su concurso, solicitando ser inscritos en sus listas de socios protectores (lo que les da derecho a fiscalizar todo el funcionamiento de esta institución), sin tener que pagar cuota ni cantidad por ningún concepto, utilizando los servicios del bazar, asistiendo a las funciones que éste organice, contribuyendo con algún donativo si sus medios económicos se lo permiten y, sobre todo, ayudando a su divulgación y recabando la colaboración de sus amistades.

REGLAMENTO

DEL BAZAR DE LOS CIEGOS

Artículo primero. Se constituye en Madrid una Sociedad benéfica, titulada Bazar de los Ciegos, cuyo objeto es el de fomentar las actividades profesionales de los mismos, protegiendo su trabajo.

Art. 2.º Para llenar este fin, esta Sociedad organizará y abrirá un bazar encargado:

A) De adquirir las primeras materias; distribuir las entre los obreros ciegos y dar salida a sus trabajos;

B) De proporcionarse o hacer varios artículos de gran consumo, dándolos a vender a los comisionistas ciegos;

C) De buscarles colocaciones a los músicos ciegos, organizando conciertos y proporcionándoles todos los medios que éstos necesitan para el mejor cultivo de sus facultades artísticas, y

D) De solicitar del Ayuntamiento la concesión de varios puestos de periódicos, construyéndolos y cediéndolos a vendedores ciegos.

Art. 3.º Todo ciego que posea un oficio, condiciones para el comercio o aptitudes artísticas, puede solicitar ser inscrito en este Bazar, sin abonar cuota por ningún concepto, y será ayudado en el desenvolvimiento de sus actividades profesionales; percibiendo el importe íntegro de su trabajo, descontando un pequeño tanto por ciento que se les ingresará

en una cartilla del Instituto Nacional de Previsión.

Art. 4.º Al frente de este establecimiento benéfico, industrial y comercial, habrá un Director-Gerente, nombrado por el Consejo de Administración, con plenas facultades, y a propuesta suya, el Consejo nombrará también: un Administrador, un Director para cada una de las tres secciones: artística, comercial e industrial, y demás empleados que crea necesarios para el mejor funcionamiento del establecimiento.

Todos estos empleados serán ciegos, a excepción del Administrador y de algún otro que, como éste, necesite para el mejor desempeño de su función tener vista, siendo todos estos cargos remunerados.

Art. 5.º Esta Sociedad estará compuesta por quince señoras y seis caballeros, que formarán el Consejo de Administración de la misma; cada uno cubrirá una acción de veinticinco pesetas como cuota única; serán elegidos por el fundador; las vacantes se irán cubriendo a propuesta de dos de sus miembros y por votación unánime del Consejo.

Art. 6.º De entre los veintidós socios, se elegirán los distintos cargos del Consejo de Administración, que serán honoríficos; se elegirán cada dos años, y serán: una Presidenta, una Vicepresidenta, una Secretaria, una Vicesecretaria, una Tesorera y diez Vocales; los seis caballeros tendrán el título de Vocales Consejeros.

A) La Presidenta representará a la Sociedad en todas las ocasiones, presidirá todos los actos sociales y autorizará los pagos y las actas con su V.º B.º;

B) La Secretaria redactará las actas, despachará toda la correspondencia y se encargará de velar por la ejecución de todos los acuerdos sociales;

C) La Vicepresidenta y la Vicesecretaria substituirán a la Presidenta y a la Secretaria en sus funciones, por delegación suya, ayudándoles ordinariamente en sus cargos;

D) La Tesorera recibirá todas las subvenciones, mandas y donativos, llevando las cuentas sociales, y

E) Las Vocales y los Vocales Consejeros aconsejarán y prestarán su concurso en todas las ocasiones en que éste sea necesario, fiscalizando e inspeccionando todos los servicios.

Art. 7.º Los gastos de esta Sociedad benéfica se cubrirán con el importe de la cuota única de las subvenciones, mandas, donativos y fiestas benéficas que se organicen.

Art. 8.º El Consejo de Administración, se reunirá mensualmente en junta ordinaria y en

extraordinaria cuando la convoque la Presidenta o la pidan dos de sus miembros. Los acuerdos serán tomados por mayoría y serán válidos, cualquiera que sea el número de sus asistentes, pudiendo delegarse por escrito.

Art. 9.º Esta Sociedad podrá crear bajo su patronato cuantas sucursales crea necesarias, tanto en Madrid como en provincias.

Art. 10. Todas las personas de ambos sexos, residentes o no en Madrid, que deseen contribuir al desarrollo y prosperidad de esta institución benéfica, podrán solicitar de la Secretaria figurar en las listas de socios protectores. Estos no pagarán cuota alguna ni cantidad por ningún concepto, utilizarán los servicios que necesiten del Bazar y procurarán asistir a todas las funciones que esta Sociedad organice, contribuyendo a la mayor divulgación del objeto de la misma, pudiendo asistir con voz a todas las juntas que celebre el Consejo de Administración. Un donativo o favor de cierta importancia hecho a esta Sociedad, puede dar derecho a ser nombrado socio de mérito.

Art. 11. En caso de disolución de esta Sociedad, todos los bienes quedarán a beneficio del Patronato Nacional de Ciegos, pasando a ser de su propiedad una vez pasados tres años, sin que nadie haya intentado reorganizarla.

Art. 12. Esta Sociedad tendrá su domicilio actualmente en la calle de Eguilaz, 5, principal izquierda.

Madrid 28 de Febrero de 1918.—*El fundador,*

Antonio LAS HERAS

N. DE LA R.—Esta institución, cuyo planteamiento se está llevando a cabo con gran esmero, y de la cual publicamos hoy su reglamento, será inaugurada al cerrarse la Exposición nacional de trabajos de ciegos que se verificará esta primavera, y cuyos beneficios íntegros se destinarán a su fundación.

En ella habrá una Exposición permanente de todas las diversas manifestaciones de producción de los obreros, de los comisionistas y de los artistas ciegos.

Se está imprimiendo un catálogo ilustrado, detallando las condiciones de todos estos trabajos, que se enviará gratuitamente a todas las personas que lo soliciten de su Administración.

De la inauguración del Bazar, publicaremos una detallada reseña con los nombres de las distintas personalidades que integran su consejo de Administración.

De aquí y de allá.

LA INSTRUCCIÓN

Es tesoro invaluable
una sólida instrucción;
es talismán admirable
que da fuerza incalculable
a nuestra humana razón.

Es la instrucción un consuelo
eminentemente grato;
es de la Escuela el desvelo,
es un insaciable anhelo
del estudioso y sensato.

Es la instrucción la riqueza
de útiles conocimientos;
es el punto donde empieza
el genio con entereza
su carrera de portentos.

Es la instrucción una dama
llena de gracias y dones,
beldad que afición reclama
y concede a quien le ama
mil amenas distracciones.

Es ciencia, es saber, es cosa
que con trabajo se alcanza,
es triunfo en empresa honrosa,
es divisa muy valiosa,
es dominio, es esperanza.

¡Oh!, tesoro de ventura,
querida y bella instrucción,
yo me gozo en tu hermosura
y bendigo la amargura
que cuesta tu adquisición.

Por eso acaricio ufano
mi taleguita de ciencia,
montoncito soberano
que formé granito a grano
con trabajo y diligencia;

única riqueza mía,
riqueza que mucho adoro,
y que, dada su valía,
tesoro llamar debía,
que aunque pequeño, es tesoro.

II

¿Llamé luz a la instrucción?
¿No? Pues fué torpeza mía,
que a nada, con más razón,
le cuadra tal expresión,
puesto que tan bien nos guía.

Y ¿cómo no he de llamar
luz a la instrucción, señores,
si me deleita el pensar
que ella viene a reemplazar
lo que ví en tiempos mejores?

Es luz que brillar debiera
en todo humano intelecto,
para que el hombre viviera
en su racional esfera
cada día más perfecto.

Un vidente sin cultura
o, mejor, sin esa luz,
mora en tenebrosa hondura,
padece gran desventura
y aun diría grande cruz.

Y si al que ve, le acontece
que tanto mal le contrista,
¡ay, señores!, ¿qué os parece
que ocurrirá al que carece
del sentido de la vista?...

Me aterra considerar
que al sumirme en la ceguera,
me pude a la vez quedar
sin los medios para hallar
luz de instrucción verdadera.

Mas no fué, por dicha, así:
tuve un alto privilegio;
apenas ciego me ví,
encontré cerca de mí
la salvación, el Colegio.

Un colegio levantado
para el ciego y sordomudo,
que al ciego luz nos ha dado
y al mudo le ha desatado
de su lengua el fuerte nudo;

un Colegio que se encarga
de instruir, de dar consuelos,
que torna menos amarga
del infortunio la carga
prodigando sus desvelos;

un Colegio en que se aprende
de Cristo la alta doctrina,
y que en nuestro pecho enciende
el fuego de amor que emprende
cuanto a Dios nos encamina;

un Colegio en cuyo seno,
en fin, señores, nos da
vivir alegre y sereno
y nos pone en un terreno
de poder ganar el pan.

¡Oh! Juntas, Corporaciones,
cuantos esto sostenéis,
Dios os dé sus bendiciones,
que las mías, a millones
en todo tiempo tendréis.

Y vosotros, colegiales,
de desgracia compañeros,
como seres racionales
id tras sanos ideales,
y en esto sed los primeros.

Ganemos nuestra instrucción,
no imitemos a los brutos,
estudiemos con tesón,
que estamos en ocasión
de adquirir cuantiosos frutos.

El colegio nos dispensa
sus luces y beneficios,
y aunque la ayuda es inmensa,
no pide más recompensa
que aprovechen sus servicios.

Aplicación y constancia
exige nuestro deber;
huyamos de la inconstancia
marchando con arrogancia
a trabajar y a aprender;

y tengamos sin medida
las alabanzas y amores
para cuantos en la vida,
con labor tan repetida,
fueron nuestros instructores.

Juan MURO

Alumno ciego del Colegio de Deusto.

Al margen de la «Gaceta»

Las últimas disposiciones oficiales, o sean todas las dadas por el señor Rodés, parecen acusar ante todo un nuevo fenómeno; el desplazamiento, de la acción y por lo tanto de su responsabilidad moral, hacia el Patronato, cosa que nos parece muy bien, pero que para que esté mejor precisa de un detalle esencialísimo: de que exista un verdadero Patronato.

Ahora ¿cuál ha sido el espíritu y la letra de estas disposiciones? La Real orden del 31 de Diciembre de 1917, es primeramente una disposición ilegal puesto que modifica el Real decreto del 25 de Agosto del mismo año; y eso no puede ser porque para modificar un Real decreto, se necesita de otro Real decreto o de una Ley. Claro es que esto es cuestión de fórmula, pero las fórmulas hay que cumplirlas porque su quebrantamiento puede dar lugar a muchas deplorables consecuencias.

En ella se afirma lo inadecuado y lo insuficiente del cargo de Director-Administrativo para regir la alta misión de los Colegios de sordo-mudos y ciegos, y se nombran los Sub-Directores. Todo lo cual nos parece muy bien y hasta muy acertada la elección de las personas en quienes han recaído dichos nombramientos. Lo que no nos parece tan bien, es que estos nuevos cargos no tengan sueldo o gratificación; y la creación del Director-Jefe, que aparte de los respetos que personalmente nos merece el señor Blanco, no vemos la necesidad de este cargo a pesar de las razones que para su creación se dan en la Real disposición.

Sobre la Real orden renovando la plantilla de los Colegios, no diremos nada, puesto que se trata de una cosa antigua y tiene todas las imperfecciones de las cosas viejas.

Uno de los defectos que tienen principalmente las cosas, es el no ser lo que debían ser; así estas disposiciones adolecen, aparte de su pequeñez e incorrección de no acometer, como naturalmente debieran hacerlo, la gran empresa de renovación total de los múltiples aspectos de este problema social.

Cerca de 25.000 ciegos piden limosna en España porque no se les educa ni se les protege adecuadamente. El 50 por 100 de estos ciegos no debieran serlo, si contaran con una sociedad más previsora.

Nosotros entendemos que ante estos datos paorosos que descalifican nuestra vida nacional, el Patronato Nacional de Ciegos, no puede reducir su misión a la creación de un cargo más o a la modificación de otros. Sino que ella debiera consistir en el planteamiento y adopción de radicales y definitivas determinaciones.

X.

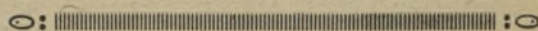
Libros y Revistas

Memoria del Centro de instrucción y protección de ciegos de Málaga, año 1916 a 1917

Hemos leído la última memoria de este Centro: Ella revela el gran esfuerzo que un grupo de ciegos, dirigidos espiritualmente por el fundador de esta institución don Felipe Blanco, están realizando por el mejoramiento moral y material de los ciegos malagueños.

Dentro de sus modestos medios económicos, cuenta ya esta sociedad con varias clases y talleres, en donde sus socios pueden aprender a leer y escribir con algunos conocimientos generales; solfeo; piano; varios instrumentos de cuerda y arco; alpargatería; cestería; sillería y estería.

Los talleres abiertos al público han iniciado con ingresos muy modestos (Alpargatería 272.90 pesetas; Cestería 81.70 pesetas; Sillería 83.20 pesetas; y Rondalla 110.40 pesetas, durante todo el año), su utilidad que una acción perseverante ha de conseguir su elevación hasta poder colocar en ellos a todos los ciegos útiles que hasta hoy abandonados solo mendigaban.



Ecós y Noticias

Instituto de ciegos Branco Rodríguez en Estoril (Portugal).

Con el emblema *Lux in tenebris* por principio, hacer la luz en las tinieblas; llevar la luz del espíritu a los cerebros que no ven la luz material; se fundó en el año 1900, por el inteligente tyfólogo Sr. Branco Rodríguez, este centro de educación que tanto contribuye al bienestar de los ciegos portugueses y de cuyo gran valor social ha dado una última prueba con los exámenes hechos por sus alumnos en las escuelas públicas de Lisen y en el Conservatorio de Lisboa en el que termina brillantemente la carrera de piano uno de sus alumnos: 98 exámenes aprobados con 42 distinciones.

Esta institución pone en manos de sus alumnos ese caudal de conocimientos humanos que hace a éstos igualarse a los que ven en la ocupación de un puesto útil en la sociedad en que viven, educación del entendimiento y del corazón que les hace, conocedores de su propio valor, conquistarse una posición modesta por medio de su trabajo y laboriosidad.

Para esta labor altamente educadora no cuenta más que con el apoyo de las personas que en ella creen; estando separada de todo beneficio oficial.



Los Ciegos

por R. Maluenda

(Dibujos de Adela Carbone.)



CONTINUACIÓN

...Los ciegos se ponen de acuerdo, Martín arranca de su instrumento la primera frase y a una los dos gemelos empiezan el acompañamiento. Tocan «Sobre las olas», y sobre los candenciosos sonos de las guitarras teje musicales arabescos el violín, añadiendo animación al monótono vals. Los parroquianos se han silenciado un instante, y en el espacio, cargado de humo y de cigarros y de tufos alcohólicos, el vals resuena extrañamente:

Olas que al llegar
Plañideras muriendo a mis pies...

Poco a poco, desentendiéndose de la música, los bebedores tornan a sus charlas. Las notas del vals se ahogan en el rumor de las conversaciones y sólo, trabajosamente, se las distingue a ratos, sobreponiéndose al bullicio en las cortas treguas que los consumidores dan a sus gritos, a sus carcajadas, a sus imprecaciones.

Me hablan de un amor
Para cada viajero traer...

Suspenden los ciegos su tocata; los gemelos hablan en voz baja.

—Me han salido malos los entorchados.

—Hay que encargarlos a la ciudad.

Martín extiende el cuello por sobre el mostrador; dos veces ha saludado a media voz:

—Buenas noches.

Y como no le han respondido, permanece atento, en una espera que parece impacientarlo; Va a alzarse de su banco, cuando se abre la puerta-mampara, y un acento declara:

—¡Por la vida! Corre un viento capaz de arrastrar un carro...

Martín se ha dejado caer en su asiento, mientras el guarda-agujas cruza el recinto en dirección al mostrador. Saluda:

—¿Qué hay de nuevo, patrón?

—Nada que yo sepa, Vicente. ¿Qué te sirvo?

—Un «tinto» chico.

Advierte a los ciegos, les da las buenas noches; contempla a Martín recogido en su banco, sonríe, y volviéndose al patrón, inquiere:

—¿Y la Rosa?

—Allá adentro... A esos se les antojó un ponche caliente...

Vicente bebe, se enjuga con la mano el rubio mostacho, vacila un instante mirando a Martín, luego se decide, de puntillas aproximase al músico hasta colocarse detrás de él, se inclina y le murmura al oído:

—Con que te gusta la Rosa, precioso.

Se aleja después, bailoteando, para confundirse entre los grupos de parroquianos. Martín no se ha movido, pero su semblante se ha tornado lívido; murmura algo entre dientes, crispando los puños.

—¿Qué te ha dicho?—pregunta uno de los gemelos.

—Nada,—declara con irritado acento.

Por la puertecilla del fondo, haciendo crujir las almidonadas enaguas, sobreviene la moza. Cruza el recinto sonriendo, y va a depositar sobre una de las mesas el tiesto en que humea el ponche.

—¡Listo!—declara, manoteando para evitar la amenazante caricia que los manilargos quieren imponerle. Uno de los bebedores suplica:

—Echele una revoltura con la mano. ¿Quiere?

Ella finge complacerle y se aleja sin dejar de reír, con una risa aguda, que semeja chillidos de pájaro.

—Buenas noches,—dice a los ciegos.

Ellos le responden:

—Buenas noches, Rosa.

—¿No quieres saludarme, Martín? ¿Qué te pasa, Martín, qué gesto es ese?

Se ha puesto de pechos sobre el mostrador y para hablarle aproxima su cabeza a la del ciego; se escapa de su cuerpo y de su rostro empolvado un perfume penetrante... Los dos gemelos han vuelto la cabeza hacia la mujer y le sonríen con una sonrisa que pone en sus rostros embobada expresión.

—Quisiera que usted... —empieza a decir Martín.

Pero alguien ha pedido música y su frase ha quedado sin terminar. La Rosa les suplica dulcemente:

—Toquen «mi pieza».

Ellos comienzan a tocar.

...Sin patria, sin familia,
sin casa y sin hogar...

Los bebedores no prestan atención a los eje-

cutantes; pero la moza, alzados los ojos al techo, escucha deleitosamente, sumida en dulce arrobó que hace oscilar la curva audaz de sus senos. Insinúa suspirando:

—¡Las cosas que esto me recuerda! La primera vez que lo oí fué...—Se interrumpe, y tal vez queriendo no precisar datos, termina:—Bueno, lo tocaban a cinco instrumentos y resultaba tan lindo... tan lindo...

Sin dejar de mover su arco, Martín recoge aquella espontánea confianza y cuando ella se calla, el ciego contrae las cejas. Acaso reflexiona. ¿En qué parte pudo la Rosa haber oído ese vals? Acaso lo adivina...

—Rosita, póngame otro «tinto» chico.

Martín siente que la chaqueta del guarda-agujas roza su hombro.

—Cuidado... ¡Suelto! Déjeme le digo...—chilla la moza.

—¡Qué esquivo se está poniendo Rosita!

—¡Y usted, qué pesado!

—Tengo que pedirle una cosa, ¿sabe?

Las dos guitarras marcan solas un instante el acompañamiento. La moza ríe y responde burlesca:

—Mala cosa es dar...

Vuelve a sonar el violín y son agudas y rápidas sus notas. El guarda-agujas debe haberse echado sobre el mesón; su cuerpo se sacude como en la realización de un esfuerzo por retener algo que se le escapa. Martín ha debido inclinarse para substraerse a aquel roce que lo violenta; y como los gemelos le suplican:

—Más despacio, Martín... Así no...

Previene casi con cólera al guarda-agujas:

—¡Haga el favor de no echarse encima!

La excitación que le han producido al truhán las esquivas de la mujer, se trueca en altanería contra el ciego; se revuelve contra él, le amenaza con la voz y con el gesto:

—¡Oiga, so mugriento, hable más despacio!

¿Es posible? Martín se ha puesto de pie, empuña su violín y es amenazadora su actitud. Los gemelos, que lo presienten erguido junto a ellos y escuchan el ritmo acelerado de su respiración, tienden a él sus manos, en las cuales pone temblores el temor. El guarda-agujas vacila sorprendido... No tiene tiempo de decidirse a nada, porque los parroquianos más próximos, advertidos de lo que pasa, le advierten irónicos:

—¡Oye! Si vas a pegarle, avisa...

Vicente ríe, ríe sarcástico; se aleja de los ciegos balanceando sus brazos y se sincera con solapada humildad:

—¡Cómo se les ocurre! Pero es que... que a todo el mundo le gusta que le pidan las cosas como se deben pedir.

Y nada más. El incidente no tiene comentarios, y no bien ha tornado Martín a echarse en su banco, resurge nuevamente el bullicio.

Sólo la moza contempla al músico con expresión indefinible; y desde una de las mesas dos ojos rencorosos se clavan en el rostro de la mu-

jer y van después a caer sobre la pálida figura del ciego.

No siempre se resignan los ciegos a permanecer junto a la vivienda durante las horas de sol. Cuando el día está hermoso—hay sol, el viento sopla suavemente y cantan los pájaros—cogidos del brazo se van de campo. Conocen el camino, y aunque en tales ocasiones su ruta es la misma, para ellos aquel paseo les ofrece siempre nuevas impresiones.

El poblado, en cuyo extremo se levanta la pequeña estación, queda detrás de ellos. Han calculado en «tres canciones» la distancia que separa la vivienda del campo. Así, no bien echan a andar, el ciego de los ojos blancos, que es quien recuerda mejor que todos los versos de la canción, empieza a decirlos...

Este era un Rey desgraciado,
que tenía muchos hijos,
que vivía en un palacio
y una bruja le maldijo...

Es una melancólica enumeración de las desgracias que afligieron a un legendario monarca. Los ciegos han hecho de ella su pedómetro que, manejado por la memoria del de los ojos blancos, tiene precisión casi matemática, saben que en llegando aquello de:

...Se clavan como flechas
en el corazón del Rey...

están en frente del «álamo cortado». No tienen sino que oblicuar a la derecha, y cuando el ciego—que ha renovado ya dos veces su recitación—dice:

Y todos fueron felices
por aquellas fiestas reales...

se encuentran ya en pleno campo, en el sitio preferido para su reposo agreste.

Descansan un instante sobre la hierba, charlan, sueñan. Más tarde, sabedores de que tienen delante de ellos un pedazo de potrero libre de obstáculos, se entregan al juego: corren, gritan... Y como todos sus movimientos son exagerados, amplios y extrañas las actitudes que toman, siempre con las manos en alto, se sorprenden los pocos labriegos que han logrado verlos al pasar. Porque ellos perciben desde lejos la andadura de la campesina gente, y no bien han comprendido que alguien se acerca, suspenden sus juegos, se echan sobre la hierba, permanecen cohibidos, disimulando, hasta que el eco de los pasos se ha disipado en la distancia.

¡Borrachera de la luz, embriaguez del viento y los perfumes, agrestes rumores, que intensamente herís las almas de quienes no pueden contemplar la hermosura de la fuente de donde emanáis para ofreceros a los hombres!

(Continuará.)



COMPAÑÍA DE SEGUROS "IRIS,,

CAPITAL: 5.000.000 DE PESTAS :-: ESCUDOS: 1.000.000

Casa Central:

Rua Arco do Bandeira, 231, 1.º Lisboa-Rosio

Teléfono 386. Telegramas: IRIS.--Code Used Riveiro y A. B. C.

Delegación General en España: Mayor, 16, pral., MADRID

Teléfono M-953.--Apartado núm. 725.--Dirección telegráfica y telefónica: IRISIS

CODE USED A. B. C.

Delegado General: D. JENARO LAS HERAS

EN ESPAÑA TRABAJA SOLAMENTE EL SEGURO MARÍTIMO Y TIENE
AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE MAR

GRAN CAFÉ ESPAÑOL

Carlos III. 1. ♣ MADRID

Servicio esmerado. Cocina reputada. Billares de precisión. Grandes conciertos de música clásica y moderna todas las noches y días festivos por la tarde.

La máquina de escribir marca **ROYAL**
supera á las de las demás marcas, por ser



La de construcción más sólida.

La de escritura más visible.

La de más perfecta alineación.

La única para aprendizaje rápido de ciegos.

La más económica de precio

Y POR ELLO LE DARÁ INCOMPARABLE RESULTADO SOBRE NINGUNA OTRA. — Concesionarios exclusivos para la venta en toda España:

TRUST MECANOGRÁFICO ☙ Montera, 29 ☙ MADRID



EL ATLAS

Compañía Anónima Española de Seguros Marítimos,
de Transportes y de Valores

Domicilio social: Prim, 5. -- MADRID

Director-gerente: Alberto Marsden

Esta Compañía tiene constituido en la
Caja General de Depósitos para garantía
de sus asegurados en España, en valores
del Estado español, el depósito máximo
que autoriza la Ley.



LLOYD DE ESPAÑA

Compañía Anónima de Seguros Marítimos, Transportes y Valores

DOMICILIO SOCIAL:
Prim, núm. 5.--MADRID

DIRECTOR GERENTE:
D. Alberto Marsden

Esta Sociedad establece **cuentas en participación** con todas las personas y entidades que lo soliciten en la cuantía que cada una fije de antemano. Con este nuevo sistema de operar, ofrece, entre otras muchas ventajas, las siguientes:

A LOS ASEGURADOS.—Facilidad para contratar los negocios de seguro marítimo y de transporte en general, por importante que sea la cantidad de la operación. **Seguridad y rapidez** en las liquidaciones de siniestros y averías.

A LOS SUSCRIPTORES.—Participación directa en el negocio de la Sociedad y en la proporción que fije el interesado. **Liquidación mensual de los beneficios**, que corresponden a cada partícipe por los negocios realizados.

Facultad para inspeccionar en todo momento la Administración de la Sociedad. Todo **sin desembolso de capital alguno** y con el máximo de garantía y seguridad que permiten estas operaciones.—Pídanse solicitudes y detalles en las oficinas: **PRIM, 5.—MADRID**

Imprenta Hispano-Alemana, Jordán, 2.—MADRID